

Santiago Ramón y Cajal

José Amador Guevara**

El 17 de octubre de 1934 falleció en Madrid, a la edad de 82 años, el maestro de maestros Santiago Ramón y Cajal, cuya pérdida no solamente alcanzó el alma de nuestra raza, sino que produjo una máxima conmoción universal.

Desde su laboratorio, hoy cubierto de luto, su cerebro, laboratorio siempre encendido durante más de 60 años, en forma continua y sistemática, se consagró por completo al estudio, a la investigación biológica y a la búsqueda constante de hechos nuevos fundamentales para el avance indiscutible de la ciencia.

Trabajador incansable, el maestro, a pesar de sus años, de su quebrantada salud y de los inevitables desdenes y contrariedades cosechados como él decía: "En el jardín, algo descuidado, de nuestros favorecidos", y que consideraba: "Reacciones del animal humano con que debemos contar siempre sin rumiarnos demasiado".

El sabio solía exclamar enérgico cuando sus discípulos, que en su torno formaban ambiente confortable, le señalaba la conveniencia del descanso, y el cultivo de distracciones inocuas: "Yo moriré trabajando". Y así fue en efecto. Hasta en el último instante de apagarse para siempre su gloriosa existencia, y abusando de sus energías, su espíritu inquieto permaneció alerta. El sabio leía, redactaba nuevos escritos, hacía interesantes acotaciones bibliográficas a sus obras, corregía pruebas y se dedicaba enteramente a sus labores de investigación, que constituyeron la tarea absorbente de toda su vida.

Cajal confiaba en su fortaleza orgánica. El egregio navarro parecía por la resistencia de su organismo, tallado en piedra. Cuéntanos: "Una vez me pasé más de 20 horas seguidas sobre el microscopio, avizorando los gestos de un leucocito moroso en su laborioso forcejeo para evadir de un capilar sanguíneo".

Santiago Ramón y Cajal es para nosotros algo más que un sabio histólogo, que un eminente científico: es la cristalización del principio "querer es poder", de lo que en la vida logran el esfuerzo, la perseverancia, una profunda fe, un entusiasmo que todo lo vence y un propósito noble y patriótico.

Así nos explica Cajal aquel impulso primario, aquel bendito instante en que se lanza "osadamente al palenque internacional de la investigación biológica" para destruir el mito de la incapacidad científica de España y demostrar a su vez la potencia creadora de la raza. "Mi fuerza dice fue el sentimiento patriótico, mi norte, el ennoblecimiento de la toga universitaria; mi ideal, aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, granjeando respeto y simpatías para nuestra ciencia, colaborando, en fin, en la grandiosa empresa de descubrir la naturaleza que es tanto como descubrirnos a nosotros mismos".

¡Qué grandeza y elevación la del maestro; anhelar la gloria, no para satisfacer con egoísmo personal su vanidad, sino para ofrendársela a su patria!

La magnitud de un propósito como el que movió a Cajal al estudio y a la investigación, solamente puede nacer en almas del más puro linaje y en los espíritus sutiles como el de él. Linaje y sutileza aun superiores a la obra a realizar.

El sabio, que apenas tenía contacto con el mundo exterior, llegó a representar desde "su cueva" toda la gloria científica de España. La "cueva" del maestro era una estancia sencilla, de escasos y modestos muebles, rodeada de un ambiente tranquilo y silencioso, que nadie se atrevía a interrumpir; tal era la emoción y el respeto que causaba al penetrar en ella.

Tan viva impresión produjo en sus discípulos contemplar la "cueva" del sabio después de su muerte, que con el fervor que sentían por todas las cosas de su llorado maestro, señalaron la conveniencia de que este lugar se conservara

* *Ex-dirección y profesor titular de la Cátedra de Medicina Preventiva y Salud Pública, Escuela de Medicina, U. de C.R.*

¹ *Reproducción de artículo publicado en Revista Médica de Costa Rica No. 42, Octubre, 1937.*

como estuvo en vida de quien lo animó con su presencia y con su obra, para que sirviera de vivo ejemplo y enseñanza, a las generaciones venideras, de la sencillez y grandeza del sabio español.

Desde este lugar íntimo de trabajo, en compañía de su microscopio que llora sin consuelo la desaparición de su fiel amigo, de ese microscopio que el genio del sabio movía a mandatos de su maravilloso cerebro, y que lo llevara a descubrimientos de complicadas razones anatómicas e histológicas, Cajal supo hacer respetar y admirar por el mundo entero el nombre de España, en cuyos gloriosos destinos confiaba, con aquella fe que tenía por todos, y por todas las cosas.

Cajal tuvo siempre fe en el hombre. El esperaba todo del esfuerzo del individuo. Toda su ilusión la cifraba en aquél.

Refiriéndose al esfuerzo humano, escribía: "todo hombre puede ser, si se lo propone, escultor de su propio cerebro". Su fe y su confianza en el ser humano, eran tan manifiestas y profundas, que no gustaba del Greco, el inteligente artista cretense, precisamente porque lo deformaba, ni aceptaba tampoco las desfiguraciones más o menos artísticas de la naturaleza.

Todos los que a él se acercaron humildes, para solicitar su ayuda con el fin de ampliar sus conocimientos o de efectuar algún trabajo de investigación y contribuir al progreso de la humanidad, lo encontraron generoso y paternal. Era según dice otro ilustre español, el Dr. Gregorio Marañón: "como la luz del día, iluminaba a todos su genio, a los próximos y a los lejanos, sin que nadie tuviese que preguntar de dónde venía".

Llevó su bondad y su magnanimidad hasta proteger a émulos y adversarios enconados, y nunca negó sus consejos y protección oficial y particular a ningún compañero laborioso e inteligente.

Antes de lograr la universal consagración de sus empeños, recibió profundos desengaños. Sus descubrimientos realizados en el Santuario de su gabinete, no lograban, al principio, despertar la atención de los sabios de otros países, a pesar de que numerosas revistas españolas y extranjeras los publicaban con especial interés.

Lenhossek, así contestaba al maestro una de sus cartas: "Resulta muy sorprendente que hecho tan cardinal, la división de las fibras radiculares posteriores a la médula, no haya sido percibido por nadie, no obstante haber sido la

médula explorada desde hace 50 años en todas direcciones y con todos los métodos". El mismo profesor Lenhossek, de Budapest, años después, decía: "yo no creo que existan muchos hombres que sepan apreciar, como yo, la significación y la importancia de Cajal para el progreso de la ciencia. Soy casi un contemporáneo suyo y conocí antes que el maestro el estado de nuestros conocimientos acerca de las estructuras del sistema nervioso de los órganos sensoriales. Yo asistí como testigo a su aparición meteórica, a fines del año ochenta, y viví la gran revolución que se efectuó en la ciencia en pocos años, gracias a su investigación. La creación de un hombre como Cajal ha sido un rendimiento cumbre de la naturaleza; pues Cajal era, no solamente un gran investigador y sabio, sino sobre todo, un noble y gran hombre".

Cajal, a pesar del desdén con que se acogen sus descubrimientos, continúa en su tarea. El está convencido de la seriedad y honradez de sus trabajos y del valor de sus preparaciones histológicas. Decídese en 1889 a presentarse en Berlín ante la Sociedad Anatómica Alemana, llevando consigo fe ciega en el triunfo.

Su rincón, el rincón del español desconocido, donde instala su batería microscópica, se mira con indiferencia. El sabio sufre, pero no se desanima. Espera y confía. ¡Bendita paciencia y ejemplo notable de confianza en sí mismo!

Cajal espera hasta que Kolliker, ante el asombro de todos, proclama haber descubierto un sabio.

Pero oigamos mejor a Van Gehuchten narrar aquellos momentos: "todavía creo verlo tomar aparte a Kolliker, entonces maestro incontestable de la histología alemana y arrastrarlo a un lado de la Sala de Demostraciones para mostrarle en el microscopio sus admirables preparaciones, y convencerle al mismo tiempo de la realidad de los hechos, que pretendía haber revelado. Kolliker, complaciente con el español oscuro, se aproxima, mira una vez y otra vez, examina nuevas preparaciones, y al fin, ante la expectación general, se levanta para decir: "Señores, acabo de descubrir a un gran sabio: se llama Ramón y Cajal".

Kolliker puso a Cajal singular cariño, y se constituyó en un entusiasta divulgador de los trabajos del eminente histólogo español. Aprendió, ya anciano, la lengua castellana, para poder leer en su propio idioma los trabajos del maestro a pesar de estar todos traducidos a varios idiomas.

Esta consagración justa, incremento de la actividad creadora del sabio y la confianza abierta, gracias a él, a la exportación científica española.

Multiplíquense entonces los trabajos de investigación; la publicación de sus obras; los títulos, condecoraciones y premios recibidos de todo el mundo; los monumentos y lápidas levantados en su honor; la creación de Cátedras con su nombre glorioso, en Universidades Nacionales y extranjeras, y en 1906 reverdecen sus muchos y merecidos laureles con el máximo honor universal al recibir el Premio Nobel, concedido con el aplauso unánime de todo el mundo científico. Derívanse de este reconocimiento numerosos homenajes en el territorio de España, que culminan con el ofrecimiento que Don Segismundo Moret, en nombre del gobierno, le hace para que acepte el Ministerio de la Instrucción Pública y Bellas Artes. Cajal rehúsa pretextando numerosas ocupaciones científicas, que "lo alejan de la política y de la frivolidad, y no puede distraerse, por tanto, en semejantes tonterías".

Enumerar todas sus obras científicas y literarias, sus investigaciones y descubrimientos, nos llevaría a escribir muchas cuartillas más de las que nos hemos propuesto ocupar en un artículo de esta naturaleza. Citemos, sin embargo, algunos de sus estudios. Enuncia sus famosas leyes sobre la morfología y conexión de las células nerviosas; señala la estructura de la médula espinal y el modo de terminación de los nervios sensitivos y sensoriales. Con Van Gehuchten formula el principio de la polarización dinámica de la neurona; lanza su grandiosa obra sobre la estructura del sistema nervioso en el hombre y en los vertebrados; expone originales teorías sobre el mecanismo del sueño, la atención y asociación; descubre la fórmula de impregnación argéntica y nuevos métodos de investigación: el del formol-urano y el del sublimado-oro para la impregnación de la neuroglia; interviene intensamente en la controversia entre monogenistas y poligenistas; saca triunfante su genial teoría sobre el neuronismo, que supone la existencia de la unidad nerviosa o célula nerviosa llamada neurona; efectúa trabajos valiosos de anatomía comparada; publica documentados estudios sobre la retina de los cefalópodos, y retina de los insectos y expone brillantemente sus puntos de vista sobre el neuronismo o reticulismo, que vienen a constituir una respuesta categórica a las dudas lanzadas

sobre su teoría de la concepción neuronal.

Lancemos ahora una mirada sobre su infancia y juventud. De origen navarro; de hogar aldeano, austero y sencillo. Austeridad y sencillez que caracterizaron posteriormente el hogar del Sabio.

De viveza extraordinaria. Muy desaplicado, hasta el punto de recibir de don Justo Ramón, su padre, castigos severos.

En una ocasión coloca al desobediente escolar en una barbería de aprendiz, y poco tiempo después, con el mismo carácter de aprendiz, en una zapatería. En ambos oficios trabaja el joven Cajal a satisfacción de sus patronos.

De su carácter, él mismo nos lo describe así: "tales eran la vergüenza y cortedad que experimentaba al verme entre personas extrañas, que cuando debía comer fuera de casa o había en la nuestra convidados, se veían y desesperaban mis padres para sentarme a la mesa".

Este retraimiento, que desde niño se manifestó con perfiles acusados, acompañó al sabio siempre, hasta suponérsele hosco, adusto, huraño y de constante mal humor. Nada de eso. Amaba el silencio, la soledad y la meditación. ¿No habrá contribuido este rasgo de su carácter, a mantener constantemente vivo ese profundo amor que el sabio sentía por su laboratorio, su microscopio, sus libros y la investigación?

A la crítica que solía recibir por esta peculiar manera de ser, el maestro, en su libro póstumo "El Mundo visto a los ochenta años" dice: "¡Cuánto trabajo cuesta a algunas personas penetrar en la causa de ciertas insólitas actitudes o de enterarse directamente de los móviles a que obedecen".

Desde niño, Cajal sentía una verdadera vocación por el dibujo, que consideraba ensueño dorado de su juventud. Los dibujos que conservaba el sabio de aquella época revelan una habilidad extraordinaria. Todos los dibujos que ilustran sus numerosas obras científicas, han sido trazados por la mano maestra de Cajal y constituyen verdaderas maravillas.

Amaba el campo, las excursiones, el paisaje bello de la naturaleza, y profesaba verdadero cariño por los animales, especialmente por los pájaros, de los que conservaba variados y raros ejemplares.

En el juego, destacábase por su ingenio y autoridad. Aficionado a las pedreas, escribió una obra que intituló: "Estrategia lapidaria", en la que expone reglas y consejos para prevenirse de los chinchones o heridas ante una lluvia de

piedras lanzadas por el contrario.

Inventa por esta época de fogocidad un aparato de pirotecnia, cuyo ensayo, además de un rotundo fracaso, produjo tan enorme estrépito que como consecuencia fue conducido a la cárcel.

Entusiasta por la gimnasia violenta, escribe: "contemplar una montaña y escalarla, era para mis 20 años más que acto deliberado, impulsión instintiva irrefrenable".

El padre de Cajal, médico y profesor de Disección, quería que su hijo, a todo trance, fuese médico, y sufría al contemplar su desaplicación. Creía que cada vez se alejaba más de su ferviente deseo. Sus notas, antes que satisfacción, producíanle notoria contrariedad. ¡Paradójica desaplicación, de los primeros años de Cajal! Seguía estudiando, más que por voluntad propia, por complacencia a sus progenitores. ¡Bendito empeño el de don Justo Ramón! Quizá con aguda visión paternal, adivinó el brillante porvenir de su hijo.

Su hermano Pedro, en cambio, era aplicado y de buen carácter, interesándose desde la iniciación de sus estudios, por las asignaturas científicas. Don Pedro llegó a ser, andando el tiempo, Catedrático en la Facultad de Medicina de Zaragoza, asiduo colaborador y fervoroso discípulo del sabio, su hermano.

Un acontecimiento produce en el espíritu del joven, cambio evidente en sus preocupaciones: la obtención del título de Bachiller, a los 16 años.

Inmediatamente inicia los estudios de medicina con entusiasmo y seriedad. Su padre lo dirige en sus primeros pasos, enseñándole él mismo los prolegómenos de Anatomía y la Disección en cadáveres adquiridos para uso exclusivo del principiante.

Refieren las crónicas que Cajal fue soldado de la célebre "Quinta de Castelar", y destinado al regimiento de Burgos, que operaba contra los Carlistas; pero que el joven soldado no oyó en ésta, su primera época de militar, un solo tiro. Poco tiempo después, y con el grado de capitán, marchó a Cuba. Regresa a España gravemente enfermo, debido a las "toxinas de un minúsculo protozoo, el *plasmidium malarie*, y las de un microbio intestinal, agente etiológico de la disentería tropical, azotes ambos de la manigua cubana".

Restablecido Cajal y ya en posesión de su título de doctor en medicina, se presenta a oposiciones a Cátedras, sucesivamente en Zaragoza, Valencia, Barcelona y Madrid, alcanzando,

cuando servía la Cátedra en la Facultad de Medicina de San Carlos, su merecida jubilación el 1º de mayo de 1922. Dato curioso: el 1º de mayo de 1852 nació Santiago Ramón y Cajal.

En Madrid instala el sabio un modesto laboratorio, que no le reporta ganancia alguna, pues lo dedica a sus trabajos personales, entregándose plenamente a la investigación biológica, y abrazando con fervor la difícil senda del estudio; senda que habría de recorrer triunfalmente, para dar gloria a España, conquistando universal reconocimiento a su nombre, como una de las figuras científicas contemporáneas más prominentes. De él decía el profesor Marburg, a raíz de su muerte: "Lo que nos dió el maestro es tan enorme, que se mantendrá firme a través del tiempo. Sus trabajos científicos, su genio, serán siempre un ejemplo inaccesible a nosotros. Solo nos queda esforzarnos por trabajar en el sentido trazado por él, en el sentido del hombre, que en realidad fue el maestro".

Cajal, por amor a la humanidad y a su noble causa patriótica, abandonó su clientela particular, que sin duda alguna le habría proporcionado ganancias evidentes, para dedicarse a la ciencia pura como un anhelo hondamente arraigado en su espíritu.

Vale recordar la siguiente anécdota curiosa. El sabio recibía diariamente numerosas cartas de todas partes del mundo. En cierta ocasión, a sus manos llegó una carta de una dama millonaria de Norte América, en la cual le ofrecía una suma fabulosa, con el fin de que fuera a curarle su obesidad. La señora sentía profunda tristeza por su estado, "que le impedía entrar en su auto, o subir en los ascensores". El maestro, con muy buen humor, comentaba: "Pero hombre, si hace más de 50 años que yo no ejerzo la medicina; si yo no entiendo media palabra de eso".

Recibía también, entre su abundante correspondencia, frecuentes y abrumadoras cartas de locos, tipos extravagantes y despechados, inventores que lo admiraban y tenían por él sincero afecto. Ellos se consideraban seres, a los que el mundo por envidia y egoísmo trataba con indiferencia e incomprensión. Solicitaban del sabio, consejos y apoyo moral para sus quimeras. Necesitaban de su influencia para convencer a la gente de que no estaban perturbados.

Uno de ellos culpaba a los cambios de gobierno, "el que no fueran aceptadas sus geniales investigaciones" y firmaba así: "Doctor en medicina y psiquitría y campeón universal en

inventos". Su dirección era "Paseo de las Delicias". A esto el histólogo comentaba: "No es posible que este chiflado viva tan cerca de mi casa". El sabio también vivía en El Paseo de las Delicias.

Cierto alemán le escribió para solicitar su opinión sobre un sombrero que había imaginado y que presentaba la propiedad de cubrir la cabeza y de ventilarla a su vez.

En otra ocasión, un señor le hacía presente su sorpresa por cuanto había administrado a su gato, que estaba muy enfermo, una dosis elevada de arsénico, y se había curado; cuando su propósito era matarlo para que no sufriera. Solicitaba de Cajal la explicación de este fenómeno.

Un destacado fotógrafo que había tratado en vano, varias veces, de recoger algunas placas fotográficas del maestro, le sucedió en su última tentativa lo siguiente: ¡A mí no me retrata ni Daguerre que volviera a la vida!

¡Por Dios, don Santiago; yo . . . !

—No, no y no, exclama el sabio

—Es que no tengo en mi archivo nada de Ud., y . . .

—Ni falta que le hace.

—Una foto solamente . . . !

— ¡Váyase a la porra!

Pero el fotógrafo no se dió por vencido. Necesitaba "cazar" al insigne sabio. Lo esperó en el café donde el maestro acostumbraba descansar. En un descuido, tomó una placa. El ruido produjo en Cajal sorpresa, y miró al fotógrafo indignado, quien ante el temor de una violenta acometida, decidió huir, con tan mala suerte, que tropezó en el pavimento del café, produciéndose en su rostro, intensos golpes. Desde esta fecha data, que el fotógrafo presente su físico bastante deteriorado.

Defraudaba constantemente también, a los periodistas, que deseaban hacerle sensacionales reportajes o solemnes entrevistas. Un periodista de la América del Sur, conocedor de la negativa, que sin duda obtendría de don Santiago, valiése de la siguiente estratagema:

Esperó a Cajal a la salida de su casa, y apostó a un fotógrafo detrás de un árbol con el fin de que obtuviera una fotografía, en el preciso momento en que el periodista abordara al histólogo. Poco tiempo después, recibió Cajal una revista, en que al pie del retrato, que él desconocía, leíase la siguiente leyenda: "El corresponsal X, charlando con el sabio histólogo durante un apacible paseo por el Retiro". Lo

que más desagradó al maestro fue que en la crónica, se le presentaba tan torpe, que en lugar de sus anteojos llevábase terrones de azúcar.

El periodista hábil quedó bien con su revista y sus lectores, pero muy mal con don Santiago.

A raíz de esto, Cajal expresaba su descontento con los periodistas, porque muchas veces falseaban los hechos y otras veces adulaban a las personas en forma intolerable. El era enemigo de las adulaciones o lisonjas exageradas, que lo mortificaban verdaderamente. En cambio gustaba de enviar sus autógrafos, fotografías o libros a todas las personas que él entendía solicitaban aquellas cosas con afecto y sinceridad.

Especial cariño también sentía por el "ranero" de su laboratorio, tipo de una fealdad tan grande, como la de los bichos que "cazaba" para las investigaciones del sabio; también gozaban de su afecto, el portero, el sereno de su casa, los sirvientes y todas las personas humildes que sentían por él un respeto y una admiración poco comunes.

Siendo estudiante de la Facultad de Medicina de San Carlos, tuve la oportunidad de asistir a la inauguración de un moderno monumento, obra de un estudiante sudamericano, que el estudiante matritense, por contribución voluntaria, erigió, en el patio de la Facultad, al sabio, al cumplir sus gloriosos ochenta años.

Cajal, hasta última hora, no prestó atención al movimiento de la juventud. El no gustaba de los monumentos, y decía que eso estaba bien para los muertos, causándole la impresión de que lo enterraban vivo, cuando hacían su efigie en piedra o le comunicaban la colocación de la lápida.

En el acto de inaugurarse el monumento en San Carlos, el sabio se redujo a escribir unas líneas que en su nombre leyó, vivamente emocionado el catedrático de Histología y Anatomía Patológica, discípulo predilecto de Cajal: Doctor Francisco Tello.

Terminado el acto, los estudiantes en masa se trasladaron al Instituto en busca del maestro para hacerle presente su gran admiración. Cajal, impresionado, salió al balcón a recibir al homenaje espontáneo de los estudiantes, pero apenas pudo pronunciar dos palabras, porque las lágrimas le empañaron los ojos.

El no esperaba aquel homenaje. Pensó que aquel movimiento era un acto más, frío, rutinario y sin emoción alguna. Creía que los estudiantes no sentían por él más que un respeto académico.

"Pero si todos mis contemporáneos han muerto; si la juventud apenas me conoce", decía. Aquel clamor sincero y entusiasta de la masa estudiantil, fue para el sabio, más valioso que todos los monumentos de piedra y que todos los homenajes recibidos.

Un rasgo que vale la pena señalar en estas rápidas pinceladas de la vida de Cajal, es el que se refiere a su notoria delicadeza en relación con cargos remunerados o aumentos de sueldo. Así se expresaba, en cierta ocasión al justificar su negativa para no aceptar un merecido aumento de sus dotaciones:

"1º, porque no ansío nadar en la opulencia; 2º, porque en una edad en que desfallecen o declinan mis fuerzas, *paréceme* abusivo y hasta inmoral aumentar mis emolumentos, y 3º, porque aun sin querer columbro siempre, al través de cada moneda recibida, la faz curtida y sudorosa del campesino quien, en definitiva, sufraga nuestros lujos académicos y científicos".

Dedicado plenamente al estudio; ejemplo de entusiasmo, voluntad diamantina y perseverancia; constante y tenaz en la investigación; aceptadas con crédito internacional sus leyes, teorías y descubrimientos; trabajando intensamente aun en los últimos días de su existencia fecunda; admirado con fervor y cariño por sus discípulos, muchos de ellos hoy destacados científicos españoles y extranjeros; frío ante las frases de halago, las invitaciones de honor oficiales y particulares; sin preocupaciones por lograr fáciles triunfos; refractario al exhibicionismo; alejado de los ambientes de frivolidad;

desdeñando posiciones oficiales elevadas; sencillo en todos sus actos; modesto en sus necesidades, tal es en resumen, la personalidad del más puro hombre de ciencia de los últimos 50 años logrando conquistar un nombre indiscutible en los campos de la ciencia y de la técnica.

Para terminar, oigamos al sabio expresar en la forma brillante que caracterizan todos sus escritos, la opinión relacionada con los individuos que crean ciencia y con los que viven de la que hacen los demás: "Nadie quiere crear, porque el trabajo de creación es largo, penoso, se realiza en la soledad y el silencio; tiene por ayudantes la paciencia y la perseverancia y va íntimamente ligado al consumo de la vida. Quien piensa fuerte, envejece, y gasta sus energías cerebrales; quien refleja simplemente lo pensado por otros, queda tan incólume y tranquilo como el cristal del lago después de haber copiado las radiaciones del Sol. Pero por una compensación muy sabia, lo que el individuo gasta en labor mental y propia, lo beneficia la especie, la raza y la Nación; mientras que al revés, lo que el individuo deja de crear por invencible pereza, es un déficit que se paga en la miseria, el atraso, la degeneración y acaba con la muerte de la Nación y de la raza".

Cada día que pasa, gana el sabio un siglo de inmortalidad. Su obra se abriga y acrece al correr del tiempo, que todo lo destruye. Tal es su consistencia.

Propaguemos la fe en Cajal, quien "vivió de tal suerte, que vivo queda en la muerte".